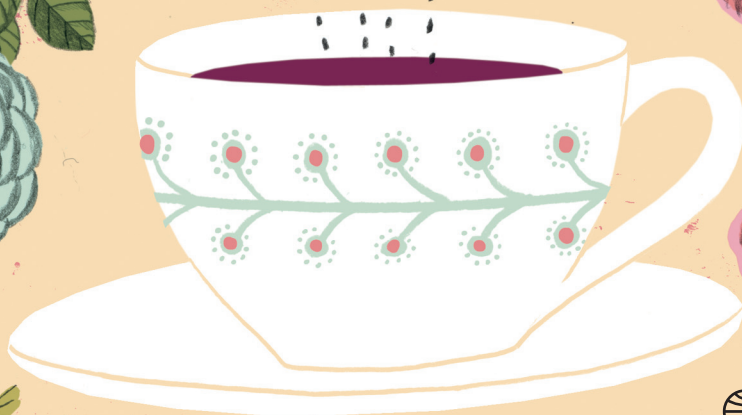


**REYES
CALDERÓN**
TARDES
de **CHOCOLATE**
en el **RITZ**

*Dos soñadoras en busca
de la felicidad*



REYES CALDERÓN

TARDES DE CHOCOLATE
EN EL RITZ

*Dos soñadoras en busca
de la felicidad*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Reyes Calderón, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2014

Depósito legal: B. 4.784-2014

ISBN 978-84-08-12673-7

Composición: Anglofort, S. A.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

1. Chocolate para el alma	11
2. Marta o por qué no todas las rubias son tontas	19
3. Tardes en el Ritz	27
4. Destinos cruzados	33
5. Chocolate estilo Marta	41
6. <i>Glamour</i> de izquierdas	49
7. <i>Made in tú</i>	53
8. La ley del arcano	59
9. No hay risas de monos	67
10. Noches infinitas, tangas de color lila	71
11. Sexo moderno	77
12. Nostalgias	87
13. Casi perfecto	95
14. Islas de vacío, pobres con corbata	99
15. Sopa de rebajas	107
16. Golpe de suerte	113
17. Amores fallidos	119
18. Bromas pesadas	125
19. Rabia	131
20. Felicidad hasta fin de existencias	137
21. Tesoros escondidos	141
22. Muñecas de plástico	149
23. Independencia, por favor	159
24. Burkas en la cabina	165

25. Sin menstruación	173
26. Sueños negros	179
27. Estrellas brillantes, estrellas muertas	189
28. Juego de máscaras	195
29. Días de chocolate criollo	203
30. Fantasmas	211
31. Madres, hijos y <i>aliens</i> reincidentes	217
32. Las rubias tontas no merecen sufrir	221
33. Tetris, nivel 6	225
34. Veraneos del norte	231
35. Cascar huevos	235
36. Y hacer tortilla	243
37. Dios no tiene publicista	247
38. Tic, tac, tic, tac...	253
39. Enséñame las manos	257
40. La vida sigue igual	259
<i>Epílogo</i>	263
<i>Gracias</i>	267

CHOCOLATE PARA EL ALMA

Cuando hastiado se cansó de mirarla, siempre la misma, siempre tan sosa y tan oscura, cerró los ojos y se quedó dormido.

Al abrirlos de nuevo, recordó que estaba ciego.

Sobre mis rodillas descansa, desafiante, una espectacular tableta de chocolate suizo, con alto contenido en cacao, que acabo de comprar en el *duty free* de Barajas. A mis hijos les encanta: la excusa perfecta. La escudriño de reojo, sin atreverme a tocarla. He desayunado a las cinco y he tentado una insulsa ensalada a mediodía, durante un almuerzo de trabajo. Viajo en el último vuelo a Pamplona, el de las once de la noche, y lo cierto es que estoy muerta de hambre. Sin embargo, dudo: si abro el envase, no me detendré en una onza y luego me arrepentiré.

He llamado a casa antes de embarcar. Sé que tienen cena preparada: si aguanto media hora, disfrutaré de un plato sabroso en buena compañía y de un trocito de chocolate de postre. ¡Pero estoy tan cansada y el dulce se me antoja tan apetecible! Es una tableta extragrande, recubierta con un fino papel dorado y un envoltorio blanco con un par de lustrosas avellanas a su derecha: inigualable. Además, en cierta medida, el cacao se parece a esas pastas cubreagujeros que emplean los pintores para sellar los pequeños huecos: si estás agotado o un poco bajo de ánimos, el chocolate aparece como un magnífico estimulante, por no hablar de su infalible eficacia contra el mal de amores...

Estoy tan absorta dialogando (negociando sería un término más preciso) con la tentación que no he reparado en el caballero

que se sienta a mi lado. Los vuelos, en especial los de vuelta, en especial los nocturnos, resultan especialmente impersonales, asépticos. Él sí parece haberse dado cuenta de que el asiento contiguo está ocupado o, al menos, de la presencia de la enorme tableta dorada.

—¿Sabe que comer chocolate acrecienta la probabilidad de obtener un Premio Nobel? —me espeta, sin previo aviso. Su aliento huele a tabaco negro. Yo, gracias al cielo, he conseguido dejar ese vicio: ya no busco ansiosamente un mechero que funcione por los bolsos, ni bajo de noche a la calle en busca de un bar para solitarios donde vendan cigarrillos.

—Perdón, ¿cómo dice?

Me señala la revista que está leyendo. Al girar la cabeza, me topo con el torso desnudo de un hombre joven, en pose insinuante. No tenía idea de que tuviéramos tantos músculos: al modelo se le pueden contar todos. Concluyo que el chico de la portada jamás prueba el chocolate. No tengo ganas de hablar con ese señor, ni tampoco de ojear aquello, y hago como si no le entendiera. Pero el tipo, cargante como un mosquito veraniego, insiste: abre la revista y señala un artículo con el dedo.

La educación es una tentación a la que casi nunca me resisto, de modo que cojo las gafas de cerca, que descansan sobre mi pecho, atadas a un cordelito negro, y me avengo a echar un vistazo, mientras maquinó un plan infalible: en cuanto ojee su maldita revista, me haré la dormida y tendrá que dejarme en paz.

En efecto, la página señalada se hace eco de las conclusiones de un estudio científico firmado por un tal Franz Messerli, investigador de la Universidad de Columbia. En ellas se describe una correlación robusta entre el consumo per cápita de chocolate y el número de premios nobel del país. Vamos, que como en África no toman chocolate, no cuentan con laureados, mientras que los norteamericanos, golosos, los reciben por docenas.

—¿Lo ve? Si come chocolate será infinitesimalmente más lista.

Sonríó y le devuelvo su revista para hombres. Al menos, no es *Interviú* o algo peor. ¡A veces, te toca tragarte cada cosa! En las últimas semanas, he tenido suerte y me he sentado junto a muje-

res, futboleros y ejecutivos agresivos, incapaces de separarse de sus periódicos deportivos o sus Excel. Estos últimos son los mejores: no hay nada como los gráficos y las tablas de Excel, una bendición para los ojos en los espacios pequeños. Puede que la Ley de Protección de Datos se resienta un poquito, pero los caballeros ni te ven y te dejan en paz durante todo el trayecto.

Mis ojos retornan a la tableta de chocolate suizo y, a hurtadillas, a mi vecino que amenaza con darme conversación. Los cierro e intento relajarme. Busco en mi memoria el *Canon* de Pachelbel y, con un poco de concentración (en esto de concentrarme soy bastante buena), por fin consigo que el silencioso ruido del rotor se transforme en violín y belleza. Al albor de esa hoguera, me dispongo a calcular mentalmente cuál es la probabilidad de que la Academia Sueca me conceda un Premio Nobel (me doy cuenta de que el vecino no me ha aclarado si funciona con todas las categorías del premio o sólo con alguna en concreto). No tardo mucho en obtener el resultado: sea cual sea la categoría, la probabilidad es cero punto cero. ¿Y con chocolate? Si al llegar a casa me lanzara sobre este oro negro y lo devorara sin piedad, ¿a cuánto ascendería esa probabilidad? El número viene de inmediato a mi mente: 0,000... sumado a la pesadez de estómago y al malestar de báscula (engorda).

Sin abrir los ojos, me echo a reír. ¡Dios mío, cómo está la ciencia! Seguro que somos infinitesimalmente más listos y progresivamente más estúpidos. Es una pena que el profesor Messerli y los de su gremio de Columbia, al examinar la función cognoscitiva, no pongan el foco en correlaciones más próximas a la generalidad de los mortales. Porque pocos de nosotros aspiramos a estar en Estocolmo un 10 de diciembre, fecha en la que se conmemora la muerte de Alfred Nobel y momento en que se entregan los galardones citados, pero a muchos nos encanta el chocolate y nos gustaría conocer si su consumo está relacionado... pongamos por caso, con el buen humor, las lágrimas, la sonrisa o el color del placer.

Definitivamente, me gustaría que *The New England Journal of Medicine*, revista que publica ese artículo, analizase si existe algo así como un chocolate para el alma, un cacao para penas y

amores, para alegrías y dolores; un compuesto cuyas semillas fueran buenas para hoy y para mañana, para ti, para mí y para el plasta que se sienta a mi derecha.

Me consta que la sociedad lleva siglos (mayormente, desde que comenzamos a caminar erguidos y a enterrar a nuestros muertos) buscando el compuesto que provoca esa postura mental, ese estado de ánimo conducente al perfecto acuerdo entre lo que nos rodea y nosotros mismos. Pongamos que hablo de esa enfermedad contagiosa a la que la gente llama felicidad...

A golpes, entre algodones, riendo o a moco tendido; ricos y pobres, chicas y chicos, jóvenes y viejos, ahora y luego, en las grandes ciudades y en los minúsculos villorrios: todos mantene-mos la felicidad entre ceja y ceja. Puede que no la llamemos ni la perseguimos de modo similar, pero resulta una constante: sin excepción, ni siquiera infinitesimal, tratamos de darle caza.

No me son ajenos quienes tildan a la felicidad de sueño o de quimera; quienes hablan de ella como de una necia esperanza o de una aspiración inalcanzable; o quienes la minusvaloran como un simple afán o una colección de momentos inconexos. He leído a Schopenhauer, el maestro del pesimismo, que la machaca sin complejos, y también a quienes, emparentándola con la bioquímica, la explican como un chute de endorfinas o un cierto ajuste químico del cerebro. Ninguno de ellos me ha hecho cambiar de opinión. Poco importa la procedencia de los tiros: los que la niegan, la confunden o la desprecian no cesan de hablar de ella. Schopenhauer, por ejemplo, le dedica infinidad de comentarios, prueba de que nacemos con ese gusanillo, y la pequeña hoguera con el tiempo se alimenta hasta lograr abrasarnos.

Como en el caso de los Nobel, la pregunta cardinal acerca de la felicidad no es quién, qué o cuál, sino cómo. ¿Acaso oliendo flores de azahar, inyectándome LSD, escribiendo novelas de crímenes, teniendo hijos o siendo director ejecutivo en una gran compañía conseguiré más boletos para la tómbola del premio gordo? ¿Acaso tendría más suerte si me zampara *ad integrum* la tableta de chocolate que descansa sobre mis rodillas?

Debo ser sincera para no defraudar expectativas: este traje no es de mi talla. Me queda enorme: me cuelgan las mangas, se me

caen los hombros y me arrastran los bajos. En tres palabras: desconozco la respuesta. Sesudos filósofos de todo signo y científicos con altos presupuestos llevan siglos descifrando el ADN de la felicidad, la paz, la placidez y la ventura. Yo no pertenezco a ninguno de esos gremios. No tengo respuestas, sino infinidad de preguntas. Sin embargo, dispongo de un elemento que ninguno de ellos posee: yo cuento con MARTA.

Si hay un sabueso en Occidente capaz de descubrir de qué árbol se extrae ese fruto llamado chocolate para el alma, ése es Marta: mi Marta. En cuanto el piloto tomó tierra y me permitieron encender el móvil, le envié un *whatsapp*.

«Marta, voy a escribir un libro. Lo titularé *Chocolate para el alma*. ¡Necesito tu ayuda!»

Dividida en varias piezas conexas, su respuesta fue inmediata.

«¿Un libro?, ¿te refieres a un libro de páginas? ¡Me parece ideal! El título suena como esa película, ya sabes: *En busca de la felicidad*. Yo, de la felicidad, lo sé todo: leo *Vogue*, *Telva*, *Cosmopolitan*, *Vanity Fair*, ¡*Hola!*, *Semana* y lo que se tercié... ¿Me imaginas escribiendo un libro de autoayuda? ¡Yo sí: será guay! Estoy segura de que si me pongo, podré conseguir primicias de la moda de otoño...»

Me quedé sin habla: las palabras se negaban a fluir. No logro acostumbrarme a esa extraña manera en que mi amiga mezcla la velocidad con el tocino, por no hablar de que el término «autoayuda» me produce sarpullido.

«Pues nada, Marta, en el siguiente café lo comentamos...», acerté a teclear.

Soy de las antiguas. Pongo acentos, comas y lo que sea necesario. Ella no tanto: es más joven, y más... eficiente, como la Real Academia, que después de hacernos aprender un millar de reglas de acentuación, decide abolirlas de un plumazo.

Otro pitido. El móvil anunciaba que Marta volvía a la carga, como si quisiera reprocharme que arremetiera contra la Academia. Pero no, se trataba de otra cosa. «Me estoy dando cuenta de algo, querida...»

«¿De qué?»

«De que la psique siempre dice la verdad... Oye, tía, ¿no ha-

brás comprado chocolate en el aeropuerto? Mira que te lo tengo dicho: ¡es puro veneno! Un instante en la boca y... dos horas de liposucción.»

«Para los niños...», me excusé, a base de añadir puntos suspensivos

«¡Y una mierda! Y hay que cambiar de título. Eso de *Chocolate para el alma* es un atraso, una barbaridad, una blasfemia nutricional...»

Enarqué las cejas, aunque ella no podía verme.

«Marta, es para el alma. No engorda: es lo que tienen los intangibles.»

«¡Ni por ésas! Bueno, ya pensaremos algo: de momento, tira esa tableta a la basura.»

¡Ah, la buena de Marta! ¿Qué hacía yo antes de conocerla?

A primera hora de la mañana, llamé a mi querida editora. Le había prometido un libro de no ficción. Ella había sugerido algunos temas más próximos a la sensatez que se espera de una profesora universitaria como yo: economía, trabajo, conciliación... cosas por el estilo. Traté de explicarle el giro de los acontecimientos.

—Pues verás, Ana, creo que éste va a ser un libro destinado a los antihéroes y las antiheroínas, ¿me comprendes...? Algo así como un antimétodo de antiayuda para... ¿para qué? ¡Pues vete tú a saber!

Al escuchar mi propia voz, y darme cuenta de lo mal que sonaban mis explicaciones, me detuve un instante, dudosa. Por el largo silencio que siguió a mis palabras, comprendí de inmediato que mi paciente y resignada editora intentaba catalogar, a toda velocidad, mi propuesta en alguno de los epígrafes con los que habitualmente trabaja y no acertaba con ninguno. Sin embargo, no tenía nada mejor que ofrecer. Ella, que no quería dejarme con mal sabor de boca, especuló a la defensiva:

—¿Hablamos de un ensayo, quizá?

—Quizá —le respondí con tono de psiquiatra caro: dicen que de los mejores siempre obtienes el eco de tus pensamientos. Luego, le detallé un poco más el proyecto y le hablé de Marta.

—Ensayo, entonces —concluyó al cabo.

Asentí varias veces.

Cuando colgué, ella se había quedado algo más tranquila con el inventario, pero yo no pude dejar de recapacitar sobre mi respuesta.

Si ensayo es el «escrito en el cual un autor desarrolla sus ideas sin necesidad de mostrar el aparato erudito», en buena lid, nuestro libro no pertenecía al género. Lo que quiero decir es que Marta y yo no ocultamos el aparato erudito que empleamos, simplemente porque no lo tenemos. Es más, no pretendemos hacer erudición. Estas páginas no encierran amplios conocimientos de ciencia alguna. Si acaso, Marta y yo vendríamos a ser *eruditas a la violeta*: un par de mujeres con tintura superficial de ciencias y artes, aficionadas a la humanidad en zapatillas.

Este libro sólo contiene chocolate puro, eso sí: para el alma. Mientras los nutricionistas aconsejan tomar varias piezas de verduras y frutas al día, los productos como el chocolate sólo tienen prescripción «esporádica». Creo que en el caso del alma, la pirámide nutricional se invierte, y el dulce, la sal, los picantes y los amargos se aconsejan tanto como los chistes, los abrazos y un buen libro de... ensayo castizo.

Copio a Augusto Monterroso:

Un ensayo es un texto más o menos breve, muy libre, de preferencia en primera persona, sobre cualquier cosa, acerca de equis costumbres o extravagancias de uno mismo o de los demás, aparentemente serio, pero idealmente envuelto en un vago y ligero humor y, de ser posible, de forma irónica, y preferible si autoirónica, sin el menor afán de afirmar nada concluyente, y si de lo expresado en él se desprende cierta melancolía o determinado escepticismo respecto al destino humano, mejor...

Me descubro ante el maestro. No podría haberlo expresado mejor, aunque me gustaría añadir algo: yo siempre me divierto escribiendo. Poco importa que sea ensayo, autoensayo, novela negra o la lista de la compra (si ustedes vieran los mores de la sección «higiene femenina» o los de la sección «extras» también lo harían). Tengo por seguro que voy a divertirme haciendo esto, sea cual sea el género al que pertenezca. Espero que resulte contagio-

so, aunque no puedo asegurarlo porque es la primera vez que lo hago: en este oficio de emborronar cuartillas, estoy mucho más acostumbrada a novelar intrigas y a realizar disertaciones académicas técnicas, más o menos abstrusas, que a *ensayar ensayos*. En este inexplorado terreno sólo tengo dos cosas claras: que toda felicidad es compartida y que el chocolate, especialmente el bueno (el caro, ya me entienden), ayuda. Por eso, en cuanto Marta se desconecta del WhatsApp, saboreo una pequeña onza que sabe a cielo.

Aún la tengo en la cadera: ¡a su salud!